ORTEGA y FRIAS

HONOR DE ESPOSA Y CORAZÓN DE MADRE

LECTURA

AÑO I
NÚM. 25
30 ABRIL 1920

SEMANAL POPULAR

PRECIO: 10 CTS.

Periódico semanal que publica los martes la EDITORIAL «SATURNINO CALLEJA», S. A. Administración, cierre y talleres: San Sebastián. Administración, correspondencia y suscriciones: Madrid, Calle de Valencia, 28 - Apartado 447.

SUSCRICIÓN: Año: 5 Ptas., seis meses: 2,50 Ptas.

EN PUBLICACIÓN

HONOR DE ESPOSA Y CORAZÓN DE MADRE

por Ramón Ortega y Frías

Personajes y resumen de lo publicado anteriormente:

Margarita de Solís se enamora de don Juan de Monzón, que por motivo de un duelo marcha a París. En ese tiempo la obligan a casar con el conde de Rocanegra, que tiene que ir a Méjico dejando un hijo: Leandro Sandoval. Llegan noticias falsas de su muerte. Regresa Rocanegra cuando Margarita y don Juan tienen un hijo que es entregado a una humilde mujer, y del que, ni Mon-

(Continúa en la penúltima página).

R.1712

CAPÍTULO LXXIX

De cómo la madre y el hijo sienten mucho y dicen poco

El fuego de la alegría brillaba en los ojos de Querubín.

Indudablemente se consideraba dichoso, a pesar de todas sus desdichas y de que no había nada más oscuro que su porvenir.

Apenas había dormido la noche anterior; pero se sentía vigoroso como nunca, y si algo le aturdía, era su contento.

Había mostrado vivísimos deseos de ver a Leandro, y, sobre todo, a la condesa, y sólo para que lo hiciese así había consentido don Juan en separarse del mancebo algunas horas.

Aun llevaba Querubín su pobre ropaje, pues no había querido ocuparse inmediatamente en el atavío de su persona.

La única nube que en aquellos momentos empañaba el horizonte de su felicidad era el secreto que se guardaba con respecto a su madre.

Empero el instinto levantaba su voz en el alma de Querubín, y siempre que éste pensaba en su madre acordábase también de la condesa.

¿Por qué? No lo sabía.

El nombre de hijo le había dado la condesa; él la había llamado madre cuando el mundo no los escuchaba, y madre quería seguir llamando a la sublime y desgraciada mujer que le había mostrado tanta ternura.

—¡Si se pareciese mi madre a la condesa!—había pensado más de una vez el mancebo.

Pero después de esta suposición suspiraba tristemente.

Abrazáronse los dos jóvenes.

Leandro hubiera querido llamar hermano a Querubín.

Pocas palabras, muy pocas, pronunciaron en aquellos momentos, porque la emoción ahogaba la voz en su garganta.

—¡Qué feliz soy!—exclamó al fin el hijo de don Juan.

—¡Y feliz soy yo también con vuestra dicha!

—Quiero ver a vuestra madre.

—Le he dado la noticia.

—¿Se habrá sorprendido?

—Sí.

—¡Seguro estoy de que participa de mi contento!

—Pronto os convenceréis de que no os equivocáis.

—Si es posible que ahora me reciba...

—Creo que sí; pero antes sería conveniente que hablásemos de los demás asuntos.

—Poco o nada tenemos que decir.

—Por de pronto, está en nuestro poder la hija del comendador.

—Y después...

—Pero ya le he dicho a mi madre que esta situación es insostenible.

—Sin embargo, quizá de sostenerla dependa nuestro triunfo, porque es preciso hacer que el comendador pierda toda esperanza.

—No la perderá.

—Bien ve que la fortuna le vuelve la espalda, pues hoy se encuentra con un arma de menos para defenderse y para herirme.

—No os comprendo.

—Porque no os he dicho que el comendador Saavedra sabe quiénes son mis padres, y me ofreció revelarme este secreto a trueque de que yo le diera a conocer

al amante de su hija. Resistí con gran trabajo; pero me dominé.

Por un momento se contrajo la frente de Leandro.

Dejó escapar una exclamación de sorpresa.

Si alguna duda abrigaba, ya se había disipado.

El comendador conocía el secreto y ejercía una influencia misteriosa sobre la condesa, de lo cual no podía deducirse más que una cosa.

Lo que pasó en el alma de Leandro no puede explicarse.

Si don Pedro de Saavedra conocía el secreto, a sus ojos estaba deshonrada la condesa. El hijo de ésta era capaz de todo por la honra de su madre.

—¿Y creéis—preguntó—que efectivamente el comendador sabe lo que todo el mundo ignora ?

—No puedo dudarlo.

—Entonces, él podría deciros quién es vuestra madre.

—Sí.

—¿La conoce también ?

—La conoce.

—¡Oh!

—Pero estoy decidido a respetar la voluntad de mi padre; y la respetaré hasta el punto de que no escucharía a quien quisiera decirme lo que tanto deseo saber.

—Así cumpliréis vuestro deber.

—Sufriré, me privaré de un goce inmenso; pero, en cambio, mi conciencia estará tranquila.

—El tiempo lo descubrirá todo.

—Y si Dios no lo quiere así, me resignaré.

—¿Pensáis que ya es oportuno decir al comendador que vos sois el amante de su hija ?

—Me parece peligroso.

—He reflexionado, y dudo.

—Mi padre es de mi opinión.

—¿Y el señor de Guevara?

—Me aconseja lo contrario.

—Pues ahora escuchad a mi madre.

—Ya os he dicho que deseo verla.

—Pues ahora mismo quedará satisfecho vuestro deseo.

Llamó Leandro.

Pedro se presentó.

—Que pasen recado a la señora condesa, diciéndole que aquí está el señor Querubín.

—¡Al momento, señor!

Salió el criado, volviendo pocos momentos después para decir:

—La señora condesa aguarda.

—Pues id—dijo Leandro a su amigo.

—¿No me acompañáis?

—Aquí esperaré, por si entretanto viene el señor de Guevara.

—Supongo que no tardará.

—Pues le recibiré, y hablaremos mientras vos escucháis los consejos de mi madre.

—Bien me parece.

Lo que Leandro quería era dejar en libertad completa a su madre y a Querubín, porque, convencido ya de que éste era su hermano, no quiso que aquélla se privase de la satisfacción de abrazar a su hijo.

También Querubín deseaba hablar sin testigos a la condesa, porque así, lo mismo que otras veces, podía darle el dulce nombre de madre.

Fuertemente latió su corazón.

Sintióse trastornado, sin que de su trastorno pudiera él explicarse la causa.

Con pasos no muy seguros siguió a Pedro.

Momentos hubo en que la luz huyó de sus ojos.

Llegaron donde los esperaba Lucía, a quien Pedro dijo:

—Aquí tenéis al señor Querubín; anunciadle.

—¡Bien venido sea!—respondió la sirviente.

Y añadió dirigiéndose al hijo de don Juan:

—Tened la bondad de seguirme.

Entraron en otra habitación.

Acercóse a una puerta Lucía, levantó el tapiz y dijo:

—¡El señor Querubín!

Éste dio un paso y se encontró frente a su madre.

Hay escenas que no pueden pintarse con exactitud, que apenas se comprenden, y esto es lo que sucede con la que tuvo lugar entre la madre y el hijo.

La condesa, si se hubiese dejado llevar de los impulsos de su corazón, hubiera abierto los brazos para recibir en ellos al hijo de sus entrañas, cubriéndole de caricias; pero se lo estorbaba su honra, pues aunque el mundo no la contemplaba entonces, ni aun a los ojos de Querubín, el fruto de su inextinguible pasión, quería la desdichada aparecer débil.

No era un goce lo que a la condesa esperaba, sino un sufrimiento más, porque tenía que dominarse, ahogar sus sentimientos y mortificarse horriblemente.

Acostumbrada a disimular estaba la infeliz; pero en aquellos instantes debía de costarle gran trabajo, y para conseguirlo habría de hacer un esfuerzo verdaderamente sobrehumano. ¡Pobre madre!

No latió con violencia, sino que se agitó, revolvióse en su pecho su dolorido corazón.

Intensa mirada, una mirada de afán inconcebible, de ansiedad angustiosa fijó en el mancebo: éste, turbado y confuso como nunca se había sentido, quedó inmóvil, y contempló también afanosamente a la condesa.

Ambos quisieron hablar, y no pudieron articular una sílaba.

Así transcurrieron algunos minutos.

Tan violenta situación era insostenible.

Si alguien hubira presenciado tan extraña escena, si Leandro se hubiese encontrado allí, ninguna duda le habría quedado de la verdad que ya sospechaba.

—¡Ah!—exclamó al fin la condesa— ¡Bendito sea Dios!

—Señora—balbuceó el joven—, señora...

—Conozco vuestra dicha.

—¡No es completa!

—¿Por qué ?

Un triste suspiro se escapó del pecho de Querubín.

—¡Acercaos, sentaos!—le dijo su madre.

Maquinalmente obedeció el mancebo.

—Decíais que yo os inspiraba confianza ciega—añadió la condesa después de algunos momentos.

—No he mentido.

—Sin embargo, guardabais un secreto...

—Que no me pertenecía.

—Perdonado estáis—repuso la condesa desplegando la más dulce y encantadora sonrisa.

Y con tono de cariñosa reconvención dijo luego:

—¡Ni siquiera me habéis dado la mano!

—¡Oh!

—¡Cualquiera creería que sufrís!

—Mis manos y...

—¡Así! ¡Bien, muy bien! Somos buenos amigos; ¿no es verdad ?

Y en tanto que esto decía, la condesa estrechaba entre sus convulsas manos las no menos convulsas de Querubín.

—Ciertamente, me habéis honrado mucho con vuestra amistad, señora; y tan profundo es el cariño que os profeso...

—¡Yo completaré la idea!—interrumpió la dama.

—Si habéis adivinado lo que iba a decir...

—Como prueba de vuestro cariño, queríais recordar que os habíais complacido en darme el nombre de madre.

—¡Ah!

—¡Yo os he llamado hijo!

Sintió la condesa que la voz se ahogaba en su garganta.

A su pesar, se escaparon dos lágrimas de sus ojos.

También los ojos de Querubín se humedecieron. Volvieron a callar y a contemplarse ansiosamente.

Transcurrieron algunos minutos.

—¡Lloráis, señora!—dijo al fin el mancebo.

—¡Señora me llamáis!...

—¡Madre mía!

—¡Hijo mío! ¡Ah! ¡Si conocieseis mi historia!

—Tal vez con mi presencia o mis palabras he despertado en vos tristes recuerdos.

—¡No, no!

—Vuestras lágrimas...

—Son de alegría, de ternura. Vos también estáis conmovido, agitado...

—¡Pienso en mi madre!

—¿No tenéis esperanza de conocerla?

—No, porque sobre ese punto mi buen padre se muestra severo hasta la exageración.

—Debéis pensar que se trata de la honra, de la reputación de una infeliz mujer, que tal vez no ha sido tan criminal, tan débil como parece.

—Pero por lo mismo que es desgraciada la amo más, y más vivamente deseo conocerla, para consolarla con mi ternura y mis caricias y mi profundo respeto. Para un hijo, nunca es una madre criminal, nunca es débil y... ¡Oh! ¡No acierto a explicarme; pero mi madre es mi madre, y nada más! ¡Es la mujer más respetable, la más santa del mundo!

—¡Noble corazón!

Cambió de expresión el rostro de Querubín. Volvieron a brillar sus negros y magníficos ojos.

—¡Oh!—exclamó enérgicamente— ¡Si alguien hubiera en el mundo que a mi madre ofendiese!...

—¡Hablemos con calma, hijo mío!

—¡Bien dicen que la dicha nunca es completa!

—Pero ¿no sospecháis quién es esa mujer infeliz que os llevó en sus entrañas?

—No; ni puedo sospecharlo tampoco.

—Dejad, que el tiempo todo lo pone en claro.

—Seguro de triunfar, he acometido siempre las más arriesgadas empresas; pero ahora...

—Luchad, y también triunfaréis.

—¡Pero si la lucha me está prohibida!

—Es verdad.

—Mi buen padre me manda y me suplica para que yo no intente averiguar quién es mi madre, y no puedo desoír sus ruegos ni desobedecer sus órdenes.

—Supongo que a estas horas vuestra desgraciada madre ya sabrá que se ha encontrado a su hijo y que nada tiene éste que temer de los azares de la vida.

—¡Tal vez!

—Aunque privada de la dicha de abrazaros, se considerará feliz.

—Y cuando me vea podrá decir: «¡Ese es mi hijo!» ¡Pero yo la veré sin saber que es mi madre!

—¿Estáis decidido a obedecer lo que vuestro padre os manda?

—Sí.

—Por consiguiente, no puedo ofreceros ayuda, como os la ofrecí para la lucha que sostenéis con el comendador.

Muy intencionadamente nombró la condesa al padre

de María, porque así daba nuevo giro a la conversación y le sería mucho más fácil dominarse.

Grandísimo interés tenía el mancebo en hablar de su madre; pero no le interesaba menos la bellísima María, y se dispuso a continuar en este sentido la conversación.

—Mucho habéis hecho para favorecerme.

—Pero, por desgracia, de nada sirve mi buena voluntad, porque el comendador no cede, y yo no puedo declararme abiertamente contra él.

—Desde que tuve la satisfacción de abrazar a mi padre, dudo y vacilo, estoy perplejo, y no sé qué resolución adoptar.

—Yo también dudo.

—¿Me conviene decir que soy el amante de María? Mi antiguo y generoso protector opina que sí.

—¿Y vuestro padre?

—Todo lo contrario.

—¿Y vos?

—Ya he dicho que dudo y cavilo en vano sin acertar a decidirme.

—Pues ello es preciso adoptar muy pronto una resolución, porque la situación es insostenible.

—Ninguna dificultad se me oculta.

—Supongamos que aclaráis el misterio. ¿Qué creéis que sucedería?

—Supongo que lo más probable sería que el comendador, mostrándose doblemente ofendido, quisiera llevar a otro terreno las cuestiones, en cuyo caso correría la sangre, y la mujer a quien adoro, antes de ser mi esposa, preferiría morir.

—Todo es posible.

—Y si callo y continúa la misma situación, no adivino lo que ha de suceder. Por de pronto, me parece que el comendador no tiene derecho a exigir que su hija se

case con don Leandro, porque después de lo que ha sucedido...

—Olvidáis lo de más importancia.

—Vos me lo recordaréis.

—Tengo que emplear toda mi influencia para obligar a Leandro a que se case con la hija del comendador.

—Pero...

—Y de tal modo suplicaré a mi hijo, que al fin tendrá que ceder.

—¡Eso es incomprensible! Al mismo tiempo que me favorecéis...

—El misterio...

—Misterio que me hace sufrir doblemente, porque en él representa algo el padre de María, que también conocía el secreto de mi nacimiento, que sabe quiénes son mis padres...

—¿Quién os lo ha dicho?

—El mismo comendador, que me puso en la horrible alternativa de descubrirle quién era el amante de su hija o de no decirme él quiénes eran mis padres. Sufrí entonces lo que en mi vida he sufrido; vacilé, y aun no comprendo cómo pude dominarme y triunfar.

—¡Miserable!

—Dios ha querido favorecerme después; pero todavía mi madre...

—¡No—interrumpió vivamente la condesa—; no habléis más de este asunto a don Pedro, porque os pesaría!

—En ese caso, tampoco debo hablar de mi amor.

—Pero como el tiempo pasa...

—¡Oh! ¡Acabaré por volverme loco!

—Recobrad la calma; reflexionad muy detenidamente.

—¿Y cuándo podré ver a María?

—Mañana, a menos que Andrés nos espíe.

—¡Gracias, señora!

No podían prolongar mucho la conversación.

Hablaron de Consuelo, diciendo Querubín cosas de bastante interés y que ahora no debemos repetir.

No querían separarse: pero les era preciso hacerlo, y prometiendo Querubín volver a la siguiente mañana, despidióse, y salió después de haber dirigido a su madre las palabras más tiernas.

Oprimióse la dama el pecho, exhaló un suspiro, y elevó al cielo una mirada de gratitud.

Querubín fue al aposento de Leandro.

Éste fijó una mirada escudriñadora en el rostro pálido de su amigo, o más bien de su hermano, preguntándole luego:

—¿Qué opina mi madre ?

—Duda, lo mismo que yo.

—Pues meditemos.

Pocos minutos después Querubín volvía al lado de su padre, y no había transcurrido un cuarto de hora cuando el señor de Guevara se presentó en la vivienda del conde.

CAPÍTULO LXXX

Lo que opinaba María en cuanto a su situación

Tenemos que relatar sucesos muy graves, muy trascendentales y de muchísimo interés; pero antes es preciso que veamos cómo la condesa cumplió la palabra de visitar a María para darle la seguridad de que Querubín había encontrado a su padre.

Después de comer aquel día hizo la dama lo mismo que el anterior, yendo en su carruaje a la casa de campo. Con grandísimo afán la esperaba María, que preguntó:

—¿Podéis ya sacarme de dudas ?

—Sí—respondió la condesa.

—¿Y Querubín ?

—Al lado de su padre.

—¡Ah!

—Ya lo veis: no me equivoqué.

—¡Gracias, Dios mío!

—Se ignora quién es la madre de Querubín.

—Pero su padre...

—Es don Juan de Monzón.

—¡Monzón!—repitió María con tono de la más profunda sorpresa.

—¿Le conocéis?

—Es uno de los más antiguos amigos de mi padre, y una vez le he visto en mi casa.

—Es noble, rico y honrado.

—¡Me habéis hecho feliz, señora!

—Excesivamente delicado, muy escrupuloso, no ha querido revelar don Juan el nombre de la mujer que tuvo un momento de debilidad, disculpable por las circunstancias, y esto ha privado a Querubín de la satisfacción de abrazar a su desgraciada madre; pero tengo la esperanza de que con el tiempo el misterio ha de ponerse en claro, y entonces ya, para la dicha del noble mancebo, no faltará sino que se realicen sus amorosas aspiraciones.

Un tristísimo suspiro exhaló María.

Inclinó la cabeza sobre el pecho y quedó inmóvil y silenciosa.

Turbóse su alegría al pensar en su situación y en su porvenir.

Conocía la joven demasiado bien a su padre, y sabía que no transigiría, aunque Querubín tuviese ya derecho a llevar un nombre ilustre y a heredar una gran fortuna.

No; no era posible que el rencoroso don Pedro olvidase las ofensas que había recibido del amante de su hija; no era posible que las perdonase, porque su amor

propio estaba profundamente herido, y su primer deseo era vengarse.

La conciencia demasiado escruplosa de la joven continuaba atormentándola, y la infeliz no se encontraba dispuesta a permanecer muchos días en aquella situación.

Ya empezaba a vacilar y a sentirse impulsada a volver al lado de su padre para pedirle perdón, reconociendo incondicionalmente su autoridad.

Esto era lo mismo que deshacer en un solo instante lo que a costa de tanto trabajo y arrostrando mil peligros había hecho Querubín.

Una vez que María se sometiera a su padre, éste impondría las más duras condiciones y adoptaría alguna resolución extrema.

Tal vez no conseguiría don Pedro que Leandro se casara con María; pero tampoco ésta sería esposa de Querubín.

Hay que añadir a todo esto el mayor peligro, desconocido enteramente para la desgraciada joven: el peligro que amenazaba a la condesa, cuya reputación dependía del cruel, del implacable comendador.

Unos y otros, impulsados por sus sentimientos, habían luchado, habían trabajado incesantemente, y, en realidad, no habían conseguido mejorar su situación.

Veíase María libre de la tiranía de su padre; pero ¿qué había ganado?

Recorrer una parte del camino no es llegar al término del viaje.

María y Querubín podían llegar hasta muy cerca del punto donde les esperaba la felicidad; pero no pasarían de allí, porque siempre se les presentaría un obstáculo insuperable: por consiguiente, en vez de ganar, perdían el trabajo y el tiempo que habían empleado y el que

tendrían que emplear para retroceder hasta el punto de partida.

Tal era su situación, que no habían podido apreciar con exactitud, porque los tenía trastornados su mismo afán.

Cuando conseguían dar un paso hacia su dicha, pensaban que adelantar algo era siempre ganar, y en esto precisamente se equivocaban, pues no comprendían que en su situación el triunfo a medias significaba una derrota.

Si la pasión que encendía su pecho les hubiese permitido tener calma, habrían podido reflexionar, discurrir con acierto, y convencerse de que lo que más les convenía era disimular y esperar, dejando que el tiempo y las circunstancias los favoreciesen.

Empero es un imposible pedir calma y paciencia a los enamorados.

Al fin, debían comprender que habían cometido una imprudencia al lanzarse en aquel camino de aventuras; pero ya sería tarde para que remediasen el mal.

Una y otra vez había provocado el audaz mancebo la cólera del señor de Saavedra, sin pensar que éste era rencoroso y nunca perdonaría. Posible era que en el transcurso de aquella lucha tenaz las fuerzas de María se agotasen y la infeliz sucumbiera; pero no había de atormentar esto al padre cruel tanto como el ver abatido su orgullo.

Aunque con palabras muy respetuosas, hizo María todas estas observaciones, dando lugar a que la condesa le dijese:

—Todo eso significa que ya os falta el valor.

—Me sobra para morir—repuso la joven—; pero cuando me pongo frente a mi conciencia...

—Ninguna grave falta habéis cometido.

—¡Que no he cometido ninguna!

—Contra vuestra voluntad habéis salido del convento, pues sin sentido estabais cuando os sacaron.

—Después he sido dueña de mis acciones.

—Os equivocáis.

—¿Quién me ha impedido volver al lado de mi padre?

—El nuevo deber que habíais contraído: el deber de poner a salvo a los que os favorecieron y todo lo arrostraban sin otro fin que el de haceros dichosa.

Esto era una reconvención demasiado dura, aunque muy disimulada.

—Señora—replicó María—, hasta la existencia sacrificaré para evitar que sufran los que me han favorecido.

—Perdonad, que mi intención...

—He comprendido perfectamente.

—Os equivocáis.

—Tal vez no apreciáis con exactitud mis sentimientos.

—Vos sois la que no podéis apreciar la situación; porque sería preciso que conocieseis a vuestro padre.

—Le conozco.

Una amarga sonrisa desplegó la condesa.

—Siento herir vuestro filial corazón—dijo—; pero me es preciso hacerlo así.

—¡Señora condesa!...

—Escuchadme.

—¡Me hacéis temblar!

—Viendo estáis que, contra mi voluntad, empleo toda mi influencia para obligar a mi hijo a que sea vuestro esposo.

—Sí; vuestra misteriosa conducta...

—La comprenderéis cuando os diga que vuestro padre, cometiendo un abuso para el que no hay calificación, me ha puesto en la alternativa más espantosa dándome a elegir...

Se interrumpió la condesa.

Su frente se contrajo.

Por un momento su mirada se tornó sombría y terrible.

Estremecióse la infeliz María, diciendo con tono de angustia mortal:

—¡Por Dios, señora!...

—¡Y yo, que tuve que someterme a la voluntad de mi padre y sé todo lo horrible que es unirse con lazo indisoluble a una persona a quien no se ama, sobre todo cuando es de otra persona nuestro corazón; yo, a sabiendas de que labro la desdicha de mi hijo, he tenido que someterme!

—Esa pena se concibe.

—— Honor de esposa y corazón de madre —— 7

—No he sacrificado mis conveniencias, mi reposo y mi felicidad, sino que he tenido que hacer más, muchísimo más: ¡he destrozado yo misma mi corazón de madre!

—Tal vez algún error...

—¡No!

—Aunque mi padre es severo...

—¡Repito que no le conocéis!

—Entonces nada hemos conseguido, porque si habéis de seguir obligando a vuestro hijo a que sea mi esposo...

—Sí.

—¡Bien decíais que no me era posible apreciar con exactitud mi situación!

—Y aun después de estas explicaciones no la apreciáis.

—Mi padre...

—Nada más puedo deciros, porque me sería preciso revelar el secreto que ha de ir conmigo a la sepultura. Por muy desgraciada que una criatura sea, no puede sufrir tanto como yo, ni nadie puede concebir mi sufrimiento.

Inclinó María la cabeza y quedó silenciosa.

También la condesa calló.

No se percibió otro ruido que el de la respiración de aquellas dos infelices.

De júbilo debió ser aquel día para la hija del comendador, y fue de horrible martirio.

Había encontrado Querubín a su padre, y esto era una dicha; pero la infeliz joven tendría que renunciar al amor de Querubín casándose con el hijo de la condesa, o muriendo agobiada por el terrible anatema de su padre. Largo rato pasó. María rompió el silencio para decir:

—¡Debo adoptar una resolución!

—Meditaremos.

—¡Ya es inútil!

—¿Por qué?

—Si mi padre es implacable...

—No lo dudéis.

—Si tampoco vos habéis de cambiar de conducta con respecto a vuestro hijo...

—No.

—Más o menos tarde tendré que someterme; y si he de hacerlo al fin, no debo prolongar esta situación, demasiado violenta e insoportable.

—Quizá alguna circunstancia nos favorezca.

—Pero si absolutamente nada ha de producir un cambio...

—Sin embargo, es prudente esperar.

—Cuanto más tiempo pase, más se encenderá el enojo de mi padre.

—Más o menos graduada su cólera, el resultado ha de ser el mismo: por consiguiente, nada nos exponemos a perder, mientras que algo podemos ganar.

Hizo María un gesto de duda.

—De todas maneras, no habéis de adoptar una resolu-

ción sin consultar a Querubín, puesto que es absolutamente preciso que os pongáis de acuerdo.

—¿Y cuándo le veré?

—Esperadle mañana, que vendrá si ninguna nueva dificultad se presenta.

—¡Si supieseis cuán largos me parecen los días!

—Muy breves me parecen a mí, porque cada uno que pasa se acerca al terrible del desenlace.

—Ayer asegurabais que sufríais mucho menos, que erais casi dichosa.

—No mentí.

—Entonces...

—Por lo mismo que ahora puedo tener algún goce, nuevas desdichas caerán sobre mí, o terminará mi vida.

—Lúgubres son vuestras ideas.

—Os entristezco, pobre niña.

—No.

—Debo dejaros.

—¡Tan pronto!

—La noche se acerca, y antes he de volver a mi casa.

—Si veis a Querubín...

—Ya sé lo que he de decirle.

—¡Otra vez quedo en mi soledad!

—Pensad en el hombre a quien tanto amáis; así las horas pasarán con rapidez y sufriréis mucho menos.

Muy poco más hablaron.

Abrazó la condesa a María.

Por las mejillas de ambas volvió a correr el llanto. Separáronse.

Entró la dama en su coche, y éste partió envuelto en una nube de polvo, desapareciendo a los pocos minutos.

Quedó María inmóvil y con la mirada fija en el camino, que como una blanca cinta, culebreaba entre las verdes praderas.

Ocultábase el sol.

Media hora después no había más luz que la del crepúsculo.

Separóse María de la ventana, se sentó, inclinó sobre el pecho la cabeza, y murmuró:

—¡Este misterio!... ¡Y el proceder de mi padre!... ¡Oh! ¡Creo que acabaré por volverme loca!

Caviló la infeliz, empeñándose en adivinar lo que era imposible que adivinase.

Resistióse a creer que su padre fuera capaz de cometer los abusos de que hablaba la condesa, y, sin embargo, casi tenía la prueba de verdad tan horrible.

—¡Es inútil luchar—dijo después de algunos minutos—, y no esperaré más que hasta mañana para ver a Querubín!

Efectivamente, inútil era luchar; pero suponemos que el hijo de don Juan de Monzón no opinaría lo mismo que María, y que se opondría terminantemente a que ésta volviera al lado de su padre.

¿Para qué la había sacado del convento?

No era menester que hubiera sostenido aquella lucha para declararse al fin vencido.

Ni los consejos de la prudencia ni razonamiento alguno escucharía el audaz mancebo, pues, antes que retroceder, preferiría mil veces morir. Pronto hemos de tener una prueba de la firmeza de su carácter, y hemos de convencernos de que no se habían desvanecido sus esperanzas de triunfo.

Aquella noche no debía tener lugar ningún suceso digno de mención: por consiguiente, la dejaramos pasar para ir al otro día con el mancebo a la casa de campo,

CAPITULO LXXXI

Otra vez se trata de Consuelo

María y Querubín tuvieron la satisfacción de verse al otro día.

No hay para qué repetir palabra por palabra la conversación de los dos enamorados, que principiaron por expresar lo que sentían, hablando luego de la triste situación en que se encontraban.

Sobre este último punto eran completamente distintas sus opiniones, fundándose el mancebo en que si había de concluirse por hacer lo que deseaba el comendador, no era menester haberse tomado ninguna molestia, haber sostenido aquella lucha ni arrostrado tantos peligros.

Razón le sobraba para discurrir así, y María concluyó por someterse a la voluntad del hombre a quien amaba tanto.

Después de tres horas dispúsose el hijo de don Juan a salir, y entonces fue cuando se les ocurrió hablar de Consuelo.

Apenas la nombró María, arrugóse el entrecejo de Querubín, lo cual significaba que no menos que la suya, era crítica también la situación de la infeliz a quien amaba Leandro.

—Hay novedades de importancia—dijo el mancebo.

—¿Pues qué sucede?—preguntó la hija del comendador.

—No puedo explicar lo que ignoro: sólo te diré que tengo sospechas de que nos tienden un nuevo lazo.

—¡Eso es horrible!

—El conde no cede.

—¡Oh!

—Y como dispone de mucho tiempo y cuenta con el miserable Andrés, que es un desalmado...

—¡Dios mío!

—Lo que haya de suceder no puede tardar.

—Pero, ¿en qué se fundan tus sospechas?

—En el aspecto de los unos y de los otros. Observo a todas horas, y encuentro algo que no sé lo que es en el semblante del señor Policarpo.

—Me parece que su lealtad no puede ponerse en duda.

—¡Líbreme Dios de creer que es capaz de una traición! Pero a veces la criatura se ofusca, y, además, las circunstancias...

—Todo eso es incomprensible.

—Consuelo parece también más preocupada que nunca, y habla con cierta reserva.

—Pero su madre...

—¡Oh! En cuanto a la señora Mariana, ya es otra cosa, y estoy satisfecho.

—¿Crees que al fin conseguirás lo que deseas?

—Sí; porque adelanta con bastante rapidez, y no pasarán muchos días sin que pueda revelar el secreto de su desgracia. No te hablo de los presentimientos, porque eso no tiene valor.

—Sin embargo...

—Me parece que algo muy grave vamos a descubrir; algo que tiene relación con nuestra suerte.

María fijó una mirada de extrañeza en su amante.

—No puedo darte más explicaciones, porque mis ideas sobre este punto son muy vagas.

—De todas maneras, resulta...

—Que nos encontramos al borde de un abismo y que si damos un paso imprudente, nuestra perdición no tendrá remedio.

Estremecióse la joven.

—Pero tranquilízate—prosiguió diciendo Querubín—, que Dios nos protegerá, como nos ha protegido siempre. Ya sabes que soy muy afortunado, y cada día tienes una prueba de que es así.

Querubín continuaba con su manía de que era una de las criaturas mimadas por la fortuna loca, y, sin embargo, pocos hombres eran tan desgraciados y habían sufrido tanto.

—Nada hay concreto, ni claro siquiera—dijo—, en cuanto a la señora Mariana y su hija.

Otra vez se cruzaron frases de ternura inmensa, juramentos de amor eterno, y los dos amantes se separaron.

Querubín estaba ya vestido como a su clase correspondía, lo cual hacía resaltar más su belleza.

María le había contemplado entusiasmada.

El hijo de la condesa había acompañado a su amigo, aunque dejándole en libertad para que hablase con María.

Al salir se reunieron.

Habían ido a caballo, montaron y partieron. Entonces la hija del comendador los contemplaba y exclamaba:

—¡Cuánto le amo!

Mientras desde la quinta regresaban a Madrid, Andrés entraba en la vivienda del conde, siendo recibido por éste.

El fuego de la más viva alegría brillaba en los ojos del criado.

Sin duda, era portador de buenas noticias.

—¿Qué sucede?—le preguntó el conde.

—¡Señor, ha llegado la hora!

—¡Ah!

—¡Mucho trabajo me ha costado; pero al fin triunfé!

Empezó a sambiar de expresión el rostro del conde.

—¡Explicaos!—dijo.

—Unas veces con amenazas y otras con halagos, he conseguido que el sastre se decida.

—Pero eso no es bastante.

—Hemos combinado el plan sin olvidar detalle alguno, y podremos dar el golpe fácilmente.

—¿Será preciso emplear la violencia?

—En los primeros momentos, sí.

—¡Es igual!—dijo el conde con frialdad horrible.

—Me falta saber si por parte de vuestra señoría está todo preparado.

—Sí, porque mi amigo el joven marqués de la Pradera ha puesto a mi disposición su casa de campo.

—Entonces...

—¿Qué más necesitamos?

—Algunos hombres decididos; pero eso es cuenta mía.

—Uno de los criados de mi amigo el marqués, el de más confianza, estará a mi disposición en la casa de campo; pero no puedo contar con él para otra cosa.

—Pues bien; esta misma noche, si ningún incidente lo estorba...

—¡Será mía!—exclamó el conde.

Su rostro enrojeció como si fuera a brotar la sangre.

Brillaron sus pupilas con el fuego de la impura pasión.

La sola idea de que muy pronto Consuelo sería suya, produjo en el miserable un profundo trastorno.

Tal fue su entusiasmo, tal su arrebato, que, olvidando su elevada posición y su dignidad, púsose en pie, se acercó al sirviente y le estrechó las manos, mientras decía:

—¡Sois mi mejor amigo! ¡Oh! ¡Habéis hecho vuestra fortuna, y ya no debe importaros un ardite de vustro señor! ¡Esta noche seré dueño de esa belleza que me ha trastornado, y mañana vos seréis rico! ¡Gracias, buen

Andrés; gracias! ¡Todo cuanto poseo es poco para recompensaros!

—Señor conde—replicó Andrés—, si esta noche hemos de terminar el asunto...

—¡Sí, sí!—interrumpió arrebatadamente el padre de Leandro.

—Aun tenemos que hacer mucho, y es poco el tiempo de que podemos disponer.

—¿Qué necesitáis?

—Os explicaré cómo ha de darse el golpe.

—¡Ya escucho!—dijo el conde volviendo a sentarse.

—El señor Policarpo, con un pretexto cualquiera, hará que vaya a su habitación, como ha sucedido otras veces, la hija de la señora Mariana.

—¡Muy bien!

—Una vez allí, como estaremos preparados...

—¡Comprendo!

—La joven permanecerá hasta las diez o las once de la noche en la habitación del sastre, y cuando duerman todos los vecinos de la casa, bien a bien o mal a mal, la sacaremos.

—¡Proseguid!

—En la calle debe esperar un coche o una silla de manos.

—Lo segundo es mejor, porque no hace ruido.

—La silla de manos debe proporcionarla vuestra señoría.

—Es cosa fácil, porque me la prestará mi amigo el marqués, y así no tendré que llamar la atención de mis criados haciendo uso de la de mi esposa.

—No hay más que un peligro.

—¿Cuál?

—Si por casualidad se presentase el señor don Leandro...

—¡Oh!

—Las pícaras casualidades son a veces el mayor enemigo.

—Si no llega en el momento en que saquemos a Consuelo de su casa...

—Pero si llega antes, también nos pondría en grandísimo apuro.

—¡Ciertamente!

—Cuando la señora Mariana vea que su hija tarda en volver, sospechará que ha sucedido alguna desgracia; pero como no puede moverse ni gritar, nadie acudirá en su auxilio. La situación cambiaría si se presentase don Leandro, porque adivinaría lo que la madre no puede decir; y si no lo adivinara, lo averiguaría yendo en busca del sastre.

Arrugó el entrecejo el conde y quedó pensativo, diciendo después de algunos momentos:

—¡Preciso es evitar a toda costa ese peligro!

—Yo no puedo hacerlo, señor conde.

—¡Esperad!

Llamó el padre de Leandro y preguntó por su hijo.

—Salió después de comer, y no ha vuelto—le contestaron.

—Pero después de anochecido vendrá a cenar.

—Siempre lo hace así.

—Le diréis que tengo que hablarle, y que me espere, sin salir bajo ningún pretexto.

—Está bien, señor.

Salió el criado.

—Creo—dijo el conde—que mi hijo aguardará, porque no es posible que se atreva a desobedecer mis órdenes.

—Antes de salir conviene que vuestra señoría repita su mandato con alguna amenaza que haga comprender que no perdonará el más leve descuido.

—Así lo haré.

—Otros enemigos nos quedan que, aunque muy temi-

bles, no lo son tanto, porque contra ellos tenemos más medios de defensa.

—¿Supongo que os referís al señor de Guevara y a su ahijado?

—Sí.

—Hoy me han dicho que el mancebo ha encontrado a su padre, y que éste es don Juan de Monzón.

—No mienten.

—Pues ahora es doblemente peligroso Querubín.

—Pero está ocupado en vigilar a la hija de mi señor, y, en último apuro, si se presentase en la costanilla de Santiago, mi gente se entendería con él, así como con su padre y con el señor de Guevara.

—Y a ésos no hay que guardarles ninguna consideración.

—Si quieren entablar una lucha, sucumbirán, porque cuento con dos desalmados que han de ir con otros ocho de sus compañeros; es decir, que serán diez hombres, sin contar conmigo.

—Y yo también estaré allí.

—Pues entonces, seremos doce, porque el señor Policarpo no puede servir sino de estorbo.

—¿Y no llamará la atención que entre tanta gente en la casa?

—No entraremos más que dos o tres, y los demás se reunirán en la calle a la hora convenida.

—También podremos contar con los dos criados que lleven la silla; y como el marqués no tiene a su lado hombres cobardes...

—¡Temo que ha de haber cuchilladas!

—¡Mejor!

—Alguna ronda puede acudir; pero fácilmente la haremos retroceder, porque seremos doce o catorce bien armados y valerosos, y bien podemos infundir terror a un centenar de alguaciles.

Sobre este punto no se equivocaba Andrés.

El peligro que amenazaba a Consuelo no podía ser más horrible.

Aun suponiendo que nuestros amigos averiguasen la verdad, antes de que el golpe se descargara, no conseguirían evitar la desgracia, porque contra un ejército de bandidos, ¿qué habían de hacer?

Querubín, lo mismo que don Leandro y el señor de Guevara, lo mismo que don Juan de Monzón, eran demasiado nobles y valerosos, y no habían de rebajarse hasta el punto de pagar asesinos que los defendiesen, pues antes que hacer eso consentirían morir.

Además, Leandro no se atrevería a moverse de su casa cuando recibiera el aviso de su padre.

¿Y qué sería de la señora Mariana cuando comprendiera la desgracia en toda su extensión?

¿Podría la infeliz soportar tan terrible golpe?

Era muy dudoso, porque ya había sufrido muchos, y su salud estaba muy quebrantada.

Suponemos que Consuelo, antes de ceder a las exigencias del conde, preferiría morir; pero esto no era un remedio, sino una desgracia más, y una de las desgracias más horribles.

¡Desdichada!

Tal vez su valor de nada le serviría, pues el conde apelaría a toda clase de medios, no se detendría ante ningún obstáculo, y haría uso de la violencia en todos sentidos.

Cuando se reflexiona detenidamente sobre semejante situación, se comprende hasta qué punto era horrible.

Lo mismo el conde que Andrés tenían que aprovechar el tiempo. Ya se ocultaba el sol, y bien pronto se esparcirían las tinieblas de la noche.

—¡Concluyamos, porque los minutos vuelan!—dijo Andrés.

—Si contáis con gente a propósito para el caso...

—Sí.

—Entonces ya nada tenemos que hacer.

—La silla de manos...

—Os respondo de que a las once en punto estará en la costanilla.

—A esa misma hora acudirán los otros.

—Pensad que una torpeza...

—No la cometeré.

—¡Seréis rico!

—Si he tomado parte en este asunto, es porque estoy cansado de ser pobre—respondió descaradamente Andrés.

—Voy a esperar a que mi hijo vuelva, y así, yo mismo...

—Al contrario, señor conde; porque si os encontráis aquí, os veréis obligado a entrar desde luego en explicaciones con vuestro hijo.

—¡Tenéis razón!

—Supongo—repuso el sirviente poniéndose en pie—que ninguno de vuestros criados habrá cometido el abuso de escuchar nuestra conversación.

—En cuanto a eso, podéis estar tranquilo, porque no hay en mi casa quien a tanto se atreva.

—Después de lo que hemos visto...

—Sí, todo debe temerse.

—Pues voy a ver al señor Policarpo por si alguna novedad ocurre, y para evitar que se desaliente en los últimos momentos.

—¡Bien pensado!

—Luego iré en busca de los otros, y podéis contar con que antes de dos horas Consuelo estará en vuestro poder.

—¡Hasta que yo la vea en la casa de campo, los minutos han de parecerme siglos!

—¡Paciencia, señor conde, que ya todo es cuestión de algunas horas!

Andrés se despidió y salió, encontrándose en un pasillo con Pedro, que le saludó muy afablemente y como si quisiera entablar conversación; pero ni quería Andrés perder el tiempo ni tenía ganas de hablar, y respondiendo al saludo, se alejó.

Tal vez Perico se proponía averiguar lo que con su señor había tratado el criado de don Pedro; pero no pudo conseguirlo.

Verdad es que, aun habiendo entablado conversación con Andrés, habría sucedido lo mismo, porque éste era demasiado astuto para cometer la torpeza de pronunciar una sola palabra que fuese un rayo de luz que facilitara el descubrimiento de la horrible trama.

—¿Qué debo hacer?—se preguntaba Perico— Me parece que la situación es muy grave.

Y después de reflexionar, añadió:

—El señor conde ha dispuesto que su hijo no salga, y aunque a mí no se me hace la misa prohibición... ¡Vive el cielo!

No puede dudarse que el travieso Perico sospechaba que los enemigos de Leandro preparaban un golpe; pero ¿de qué le serviría semejante sospecha?

A Querubín le sucedía lo mismo, y sabemos ya que no pensaba adoptar aquella noche ninguna precaución.

Los últimos rayos del sol desaparecieron.

No quedaba más luz que la del crepúsculo.

Leandro y Querubín llegaron y descabalgaron.

El segundo dijo al primero:

—¡Hasta después!

—¿No entráis?

—Quiero ver a mi protector antes de ir a mi casa; y como ya sabéis que se impacienta con facilidad...

—¡Todavía es temprano!

—Me detendré lagunos minutos para tener la honra de saludar a vuestra madre.

Entraron en la casa y subieron.

Perico se les presentó.

Leandro le dijo:

—Que avisen a mi madre, la señora condesa, porque mi amigo quiere saludarla.

—Lo hará después—respondió el criado.

—¿Por qué?

—Por la sencilla razón de que es preciso que antes me escuchéis a mí.

—¿Pues qué ha sucedido?

—Mucho y nada.

—¡Explícate!

—Aun no hace media hora que se ha ido Andrés.

—¿A qué ha venido?

—A conferenciar con el señor conde, y lo ha hecho muy detenidamente.

—¡Oh!

—También el señor conde ha salido, después de dar una orden que os interesa.

—¿Y en qué consiste esa orden?

—Vuestra señoría no puede salir hasta que el señor conde vuelva.

—¡Pedro!...

—Si vuestra señoría me permite entrar en su habitación, me explicaré con más claridad y con todo descuido, diciendo lo que sé, lo que adivino y lo que pienso.

—¡Ven, ven!

—Preparaos a oír cosas desagradables.

—¡Mis sospechas!—murmuró Querubín.

No hablaron entonces más.

Entraron los tres en el gabinete de Leandro.

Allí entablaron nuevamente la conversación; pero no

podemos escucharlos, porque tenemos que ir a la vivienda de Consuelo y ver lo que allí sucedía.

Más tarde volveremos a ver al travieso Querubín.

CAPITULO LXXXII

El señor Policarpo tiembla

Mientras Leandro y Querubín hablaban, si no tranquila, descuidadamente, con Pedro, Andrés llegaba a la costanilla de Santiago y entraba en la casa donde habitaba Consuelo.

El honrado sastre, que ya había quitado el biombo y llevado espuerta y silla a su habitación, encontrábase en el portal.

Estremecióse el infeliz al ver al criado de don Pedro, y no pudo contener una exclamación de terror.

—¿Qué os sucede?—le preguntó Andrés en tanto que sonreía— ¡Pues no parece si no que hayáis visto al mismo Satanás!

—¡Ay!—dijo el señor Policarpo exhalando un penoso suspiro— ¡No sois vos, señor Andrés, quien me infunde terror; no sois vos la causa de mi espanto y de mi trastorno!

—Pues, entonces...

—Las circunstancias, la situación... ¡Ah! ¡Si estuvieseis en mi lugar, si os obligasen!...

—¡Señor Policarpo, lo exageráis todo!

—Cuando pienso en lo que va a suceder, cuando calculo las horribles consecuencias...

—No me parece conveniente que hablemos aquí.

—Vamos a mi habitación.

—¡Sí, sí!

No llevaba luz el buen sastre, y a tientas subieron y

atravesaron el corredor. Encontráronse con algún vecino de los que entraban o salían; pero, en medio de aquella profunda oscuridad, no era posible que Andrés fuese reconocido.

Entraron en el aposento del sastre.

Sacó éste pedernal, yesca y eslabón, pudiendo así encender una mecha de azufre, cuyo fuego comunicó a la de un candil.

—¡Ya podemos hablar!—dijo.

—¡Llegó la hora, señor Policarpo!

—¡Dios misericordioso!

—No debéis sorprenderos, porque esta mañana hemos convenido en todo lo que había de hacerse.

—Ciertamente; pero no es lo mismo saber que la desgracia se acerca que verla encima: no se siente lo mismo el amago que el golpe. ¡Desdichado de mí! Tranquila está mi conciencia, porque bien sabe Dios que ni me mueve la codicia ni quiero hacer mal a nadie, pues me someto a circunstancias superiores a mi voluntad!

—En vez de un mal, hacéis un beneficio; ya lo sabéis.

—Vuestra buena fe no la pongo en duda, señor Andrés; pero...

—Si reconocéis mi buena fe...

—Es posible que os hayan engañado.

—No; y aun cuando lo intentasen, nada conseguirían, puesto que en nuestra mano estará deshacerlo todo en un solo instante: al lado de Consuelo habéis de quedar, si lo deseáis así.

—¿Y vos?

—También.

—Pero, al fin, somos dos hombres no más, o más bien uno, puesto que yo—con franqueza lo confieso—si llegase el caso de una lucha...

—Algunos hombres de mi confianza y muy largamente

 Continuará en el número 26

zón que estaba enfermo, ni la condesa, saben nada, aunque lo buscan con ansiedad. Por eso don Juan se retira a su palacio. La condesa vive, amargada, con el conde.

El comendador don Pedro de Saavedra tiene una hija, María, a la que quiere casar con Leandro Sandoval; pero éste ama a Consuelo, hija de una pobre señora paralítica, doña Mariana, que no puede pronunciar ni decir el nombre del padre de Consuelo. Esta madre y su hija viven cerca del sastre Policarpo. Godofredo de Guevara, arruinado, tiene recogido al joven Querubín, que no sabe quiénes son sus padres, porque fue recogido de manos de una mujer que se murió. Querubín, que es el personaje más importante de la obra, y María, la hija del comendador, se aman en secreto.

Don Pedro sabe el secreto de don Juan y la condesa, porque se lo oyó a Monzón cuando estaba grave; y cuando ve que la condesa apoya a su hijo para casarle con Consuelo, la amenaza con descubrirla; en cambio, si le ayuda, la ofrece encontrar el paradero de su hijo. ¡Pobre condesa, puesta entre perder su honor de esposa o sacrificar su corazón de madre! Por eso aconseja a su hijo la boda con María.

El comendador don Pedro, su criado Andrés y el conde de Rocanegra se alían innoblemente, porque Rocanegra quiere tener amores con Consuelo. Asimismo la condesa, Guevara, Querubín y Leandro se alían para defender la situación de los amores de éstos.

El comendador mete a su hija en un convento y de allí la rapta Querubín.

La condesa descubre que Querubín es el hijo que tuvo con don Juan de Monzón. Cuenta a Monzón lo que ocurre y éste se alía con ellos.

COLECCIÓN ENIGMA

NOVELAS DE EMOCIÓN Y DE MISTERIO

TITULOS PUBLICADOS EN LA 1.ª SERIE

1	[illegible]	[illegible]	11	[illegible]	[illegible]
2		[illegible]	12	—	[illegible]
3	—	¡Por ella!	13	[illegible]	[illegible]
4		[illegible]	14	—	[illegible]
5		[illegible]	15	[illegible]	[illegible]
6		[illegible]	16	—	[illegible]
7		[illegible]	17		[illegible]
8	[illegible]	[illegible]	18	—	[illegible]
9	[illegible]	[illegible]	19		[illegible]
10		[illegible]	20	—	[illegible]

[illegible]

DE VENTA EN LIBRERÍAS Y KIOSCOS